27 de noviembre 2020 -260

TARDES DE OTOÑO

Y él, aquella tarde veinte de noviembre, subió por la Cuesta de Gomérez, cruzó la Puerta de las Granadas y se dispuso a seguir por el Paseo Central. Pero antes de continuar se paró un momento, miró despacio y fue descubriendo el magnífico espectáculo que el bosque presentaba. A la izquierda, calle de Cuesta Empedrada, se veían los árboles casi sin hojas. Con sus ramas muy desnudas pero por todo el suelo una gran alfombra de hojas teñidas de ocre. Todavía todas estas hojas muy brillantes y enteras y salpicadas de gotitas del agua que saltaba por las acequias. Por eso, a él le pareció muy hermoso este singular trozo del bosque de la Alhambra.

Pensó tomar por aquí y subir despacio para hacer fotos y gozar de tan bonito espectáculo. Pero meditó un minuto más y se fijó en la calle del Paseo Central. La que se le conoce con el nombre de la Cuesta de Gomérez por ser la calle más hermosa y cómoda de las tres que arrancan al pasar la Puerta de las Granadas. Por el asfalto nuevo que ahora tiene esta calle, también millones de hojas la alfombraban, revistiéndola de mucha más belleza que las otras dos calles. Porque a los lados de este Paseo Central, es donde crecen los árboles más viejos y gruesos de todo el bosque de la Alhambra. Y porque también a los lados de este paseo corren siempre dos caudalosas acequias.

Miró durante un buen raro, hizo un par de fotos y luego movió sus ojos hacia la calle de la derecha. La que también arranca justo al pasar la Puerta de las Granadas y remonta muy empinada, en grandes escalones empedrados. Por aquí las hojas secas caídas de los árboles se derramaban mucho más espesas. Como durmiendo sobre el empedrado de la calle, sobre el verde de los arriates y sobre los muros de los lados. Por eso esta calle le pareció mucho más bonita que las otras dos. Y por eso se dispuso a sacar algunas fotos, mientras decidía por cual de los tres paseos tomar. Y se preparaba para sacar la primera foto cuando la vio.

Justo estaba sentada en el umbral de una vieja puerta, a la derecha de esta tercera calle y en los primeros metros. Y estaba sola, era joven, tenía sus manos puestas en la cara y miraba en silencio. A la hermosa alfombra de hojas de otoño derramada por el suelo, a la luz tamizada de la tarde por entre los árboles del bosque, a las hojas que de vez en cuando caían de los árboles y a la blancura de la ciudad de Granada sobre la ancha Vega. Y tanto le llamó la atención verla tan sola, meditando en silencio frente al indescriptible espectáculo de la tarde de otoño, que pensó continuar y subir por esta calle. Para pasar cerca de ella y pararse y preguntarle. Pero no lo hizo. Tampoco hizo ninguna foto para recogerla en forma de recuerdo porque pensó que merecía el mayor de todos los respetos. Pero sí notó que su corazón se llenaba de algo muy inmenso y bello. Como si un trozo de eternidad y cielo de pronto por allí se hubiera derramado.